



VII.

INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO.

*Carta al Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.*

**M**i carísimo amigo : Gracias mil por la brillante carta con que ha respondido V. á la mía de Florencia, de Abril de 1877, dándole más importancia que la que en sí tenía, y honrando á su autor con excesivos, aunque en boca de V. harto sinceros, elogios. Gracias también por la claridad con que V. ha explicado su opinión en los puntos en que disentíamos (más en apariencia que en realidad), proporcionándome con esto bien templadas armas, y abriéndome fácil y expedito camino para acabar esta amistosa escaramuza, que no quiero llamar polémica. Seré brevisimo, porque apremia el tiempo para la publicación de la segunda *Ciencia Española*, de la cual serán el mejor remate y corona las epístolas de V.

Confieso que al comenzar á leer la última á

que contesto, sentí cierta pena de ver á V. apadrinar las anti-estéticas y peligrosas opiniones de cierta escuela, cuyos descarríos han merecido más de una vez las censuras de la Iglesia y de toda sana filosofía, especialmente de aquella cuyas banderas V. sigue. Dolíame de ver convertido á V. en tradicionalista de la noche á la mañana. Que el abate Gaume (á quien Dios haya perdonado) condenara, en *Le Ver Rongeur*, en *La Revolución* y en cien partes más, el Renacimiento, y se empeñara en entroncar con él todas las herejías, errores y revoluciones modernas de Norte y Mediodía, de Oriente y Occidente, atribuyéndolo todo, con pobre y estrecho criterio, al estudio de los clásicos, ni más ni menos que esos historiadores progresistas que lo explican todo por la Inquisición y los Jesuitas, lamentable es, pero nada extraño. Al cabo, Gaume era tradicionalista, y, en consonancia con los principios de su escuela, debió de discurrir así: todo lo que el hombre hace ó ha hecho, entregado á las fuerzas de su razón natural y sin el auxilio de la revelación, es malo, vitando y pernicioso. Es así que los paganos no tuvieron lumbre de la revelación: luego debemos hacer con sus libros un auto de fe, abrir cuenta nueva, y figurarnos que no hubo más que hebreos en el mundo hasta que vino Nuestro Señor Jesucristo.

Tales racionios, reducidos aquí á su forma más precisa y seca, moverían á risa, si lo piadoso de la intención no los disculpase. Esto es

lisa y llanamente *sancta simplicitas*. Y es, además, con leve diferencia, una de las proposiciones heréticas de Lutero, condenadas por la Bula de León X: « que todas las virtudes de los paganos y todas sus ciencias especulativas son vicios y errores ».

¡Pero V., discípulo de Santo Tomás, y por ende de Aristóteles; sectario de una escuela pagana, en cosmología, en antropología y hasta en ética y política; V., á quien el tradicionalismo ha de parecerle uno de los más funestos errores que han afligido á la Iglesia; V., que tan briosamente afirma el poder y las fuerzas naturales de la razón humana; V., de cuyos labios he oído que tiene al Estagirita por hombre *casi divino* por lo admirable de su teoría de la *materia* y de la *forma*; V., que acepta y pone sobre su cabeza todas esas enseñanzas griegas, se me había de convertir en eco de ese sentimentalismo á la francesa, entre devoto y atrabiliario, que aquí han representado sólo algunos periodistas religiosos, discípulos de Donoso Cortés! ¿Qué dirían Melchor Cano y su maestro Francisco de Vitoria, el Sócrates de la teología española, si levantasen la cabeza? ¡Pues qué! ¿imagina V. que en el auto de fe que Gaume ó sus amigos hiciesen, habían de escapar inmunes la *Metafísica*, ni el *Organon*, ni la *Política* del hijo de Nicomaco, aunque la sombra de Santo Tomás los escudase? Capaces eran de quemar á Santo Tomás mismo por haber gastado el tiempo en comentar esas profanidades,

y á San Agustín por sus aficiones platónicas, y á San Jerónimo por sus aliños ciceronianos, y á San Juan Crisóstomo por la pícara afición que tenía á Aristófanes, y á San Basilio por aquel tratado suyo *Del provecho que se saca de los antiguos*, y á todos los Padres de la Iglesia, en suma, por lo mucho que se acordaban de las ollas de Egipto. Y entonces la educación católica no sería aquella amplia, generosa y espléndida de las universidades de los tiempos medios, ni la del siglo xvi, en que San Carlos Borromeo hacía imprimir para los jóvenes milaneses las comedias de Terencio, sino una educación hipócrita, raquítica y endeble, incapaz de resistir al más leve ataque de la impiedad moderna, que no es ignorante y ligera como la del siglo pasado, sino docta, razonadora y fría (en todas partes menos en España, se entiende), y que busca armas en todos los arsenales de la erudición sagrada y profana. No es que se pretenda hacer étnicos á los muchachos desde los bancos de la escuela: lo que deseamos es unir en fecundo y estrecho abrazo, como lo han estado en todas las grandes épocas de la Iglesia, el estudio de ambas antigüedades, para que dentro de un espíritu cristiano, ortodoxo y purísimo, la vida, la animación, la serenidad y la armonía lo penetren é informen todo, así en la ciencia como en el arte.

Pero repito que V. está con nosotros, y en manera alguna con Gaume y los suyos. V. es un espíritu recto y delicado, amante de todo lo que es verdad y belleza, y V. no puede condenar ni

quemar lo que sus maestros adoraron. Su carta de V. hace tales concesiones, que ellas bastan para tejer mi defensa. Un solo punto nos separa, y éste es una cuestión de nombre: el distinto significado que damos á la palabra *Renacimiento*. V. le limita á los siglos xv y xvi: se fija en algunos aspectos suyos, en las aberraciones de algunos artistas, y enérgicamente le condena. Pero el Renacimiento no es eso, ni así le entiendo yo, ni así le he entendido nunca, y V. mismo va á darme la razón. ¿No llama V. verdadero *Renacimiento* al de su adorado siglo xiii? ¿Y Renacimiento de qué?, pregunto yo. ¿Acaso del espíritu cristiano, que *no estaba muerto*, y que fué poderosísimo en toda la Edad Media? ¿Quizá de la ciencia de los Padres? ¡Pero cómo, si éstos eran la habitual lectura de entonces! Algo renacería para que aquello pudiera llamarse Renacimiento. Y venimos á sacar en consecuencia que este algo es la ciencia pagana de Aristóteles, mejor interpretada por Santo Tomás que por los anteriores; y es el arte de Dante, que toma por guía y maestro á un pagano, salva de las llamas eternas á los gentiles que se le antoja, llena su trilogía de símbolos y alegorías mitológicas (á veces con muy mal gusto), dándoles, eso sí, todo el sentido católico que V. quiera; y llama á Jesucristo *el sumo Jove que fué crucificado por nosotros*:

«E se licito m' è, o sommo Giove,  
Che fosti 'n terra per noi cr ocifisso,  
Son li giusti occhi tuoi rivolti altrove.»

Ya sé que como se trata de Dante, á quien hemos convenido en llamar el poeta católico por excelencia, se encontrarán á esto mil disculpas, y volveremos *al arte simbólico y al alto sentido*, etc., etc.; pero, con franqueza: ¿qué diría V. si encontrase esas enormidades en un pobre poeta del Renacimiento, en Sannazaro ó en Vida? ¿No tocaría V. el cielo con las manos? Pues de esa injusticia me quejo yo, y diré siempre á los admiradores incondicionales del siglo XIII, que no es muy puesto en razón tirar piedras al tejado del vecino teniendo de vidrio el propio, ni hay para qué escandalizarse tanto de la inofensiva pedantería de llamar á los cardenales *Padres conscriptos*. Ya ve V. que el llamar *Júpiter* á Dios, tampoco fué invención de los humanistas. Cosas son estas, que, después de todo, más atacan los fueros del buen gusto que los del dogma. ¿Cree V. que ninguno de aquellos *paganos* del tiempo de León X era bastante inocente para tomar por lo serio esas retóricas é imaginarse que vivía en la Roma imperial, y que iba á tornar á levantarse el ara de la Victoria, abrirse las puertas de Jano bifronte, caer la blanca víctima del Clitumno bajo la segur del sacrificador, y humear de nuevo el incienso ante las aras de Júpiter Capitolino? Todo esto no pasaba de ser un dulce recuerdo, bueno para dicho en verso ó en oraciones de aparato; una pura convención académica, como lo ha sido en tiempos más cercanos el amor á los trajes, usos y muebles de la Edad Media, traído por el Romanticis-

mo. Si el Renacimiento no hubiera sido más que eso, antes deberíamos calificarle de pueril y ñoño, que de cosa mala y vitanda, como Vds. hacen.

Yo entiendo el Renacimiento de un modo más amplio: para mí, lo que hubo en el siglo XVI no fué más que el remate, el feliz complemento de la obra de reacción contra la barbarie que siguió á las invasiones de los pueblos del Norte: para mí, la historia de la Edad Media no es más que la gran batalla entre la luz latina y cristiana y las tinieblas germánicas. Á esta obra, que llamo grande y santa, contribuyeron por igual Casiodoro y Boecio en la corte del rey Teodorico, San Martín Dumiense entre los suevos de Galicia, San Isidoro y sus discípulos entre los visigodos, Alcuino y Teodulfo en la corte de Carlo Magno. Lo que estos hombres sabían no era más que una empobrecida reliquia, pero reliquia al cabo, de la antigua ciencia profana y sagrada, y al hacer entrar en el espíritu de los bárbaros algo de la lógica de Aristóteles, de la gramática de Prisciano y Donato, de la moral de Séneca, hacían obra de Renacimiento, como la hacía San Eulogio al llevar á Córdoba, cual solaz para los muzárabes en la horrenda persecución que sobre ellos pesaba, las obras de Virgilio, Horacio y Juvenal. Y obra de Renacimiento hacía el mismo Carlo Magno en su tentativa de imperio; y á la causa latina servía Gregorio VII al poner su planta sobre la dura cerviz de los Emperadores alemanes.

Todo el que en medio de la desmembración y desorden de la Edad Media tuvo un pensamiento de unidad social ó científica, fué precursor del Renacimiento. Y lo fueron los que en Occidente dilataron el conocimiento de Aristóteles, y lo fué su maestro de V. Santo Tomás, que le *cristianizó*. Y como no el más ni el menos, sino la esencia misma de las cosas, determina el carácter de toda gran evolución histórica, no me negará V. que el movimiento de los siglos xiv, xv y xvi es una prolongación del anterior, pues tan hijo del Renacimiento y tan *pagano* es el que comenta á Aristóteles como el que comenta á Platón...., el que estudia á Homero como el que estudia á Virgilio, el que sabe griego como el que sabe latín; y si absolvemos á Gualtero de Chatillon, y á José Iscano, y á Benoit de Saint-More y á todos los que en la Edad Media escribieron malos poemas sobre el cerco de Troya, ó las hazañas de Alejandro, ú otros temas clásicos por el estilo, no sé por qué hemos de condenar á los que con mejor estilo y más limados versos hicieron lo mismo en el siglo xvi. La medida debe ser una para todos; y yo, por más que hago, no puedo encontrar esa zanja entre el mundo antiguo y el nuevo, ni sé á punto fijo cuándo dejó de gritarse ¡*arriba!*, y empezó á gritarse ¡*abajo!*, como V., con más poesía que exactitud, dice. Porque, francamente, entre un viejo *fabliau* francés y un cuento de Boccaccio, ni en el asunto ni en la desvergüenza de la narración hallo diferencia alguna, y sólo la veo en ser más elegante y do-

nairioso el estilo del novelador de Certaldo. Y si le escandaliza á V. la *Mandrágora* de Maquiavelo ó la *Calandra* de Bibiena, no me escandalizan á mí menos los brutales desahogos del cruzado Guillermo de Poitiers, ó los feroces serventesios de nuestro Guillermo de Bergadán, y váyase lo uno por lo otro. Fácil es tejer un ramillete de poesías de la Edad Media, así latinas como vulgares, que son una verdadera *spintria*. Pero ni esto prueba nada contra la Edad Media, ni lo que V. dice va contra el Renacimiento, sino contra los desafueros de algunos artistas que, con Renacimiento ó sin él, hubieran hecho de las suyas. Citando hechos particulares y aberraciones de unos y de otros, toda causa se puede defender, pero sin llegar á resultado ni sentencia alguna. Abominaciones, errores y pecados, en todos tiempos hay, y no son patrimonio ni afrenta de una época sola. ¡Ojalá fuera verdad lo que V. dice de que la carne estuvo subordinada al espíritu en la Edad Media!

V. reconoce y acata la grandeza de los filósofos y artistas gentiles, atribuyéndola, no sólo á los restos de la primitiva tradición, sino á los poderosos esfuerzos de la razón humana en todo su vigor natural (sic). V., atento á aquellas palabras del Apóstol: *Instaurare omnia in Christo*, llama *restauración* al Cristianismo, y no dice que destruyese lo antiguo, sino que lo purificó y lo *transfiguró* todo, *completando* la antigua filosofía, y *aprovechando el elemento social del paganismo antiguo*. ¿Qué más defensa necesito yo? ¿No esta-

mos conformes en todo? ¿No es esto lo que con su habitual agudeza ha dicho nuestro amigo Letamendi: *la Grecia en gracia de Dios*? Y después de esto, ¿qué significa el que V., sin duda por involuntario olvido de esta su apología del paganismo (voz tan complexa, como que abraza una civilización entera), venga á confundirle luego con la idolatría? ¿Ó que, convertido involuntariamente, como tantos otros católicos, en eco de las diatribas protestantes contra Roma, censure indirectamente á los Pontífices por el amor con que miraron el arte renacido? Pues qué, ¿hay algún parentesco (sacrilegio es sólo el pensarlo) entre la Iglesia y la barbarie?

Repito que en lo substancial estamos conformes. V. encuentra bien que se aprovechen los elementos de la sociedad antigua convertidos y depurados: eso mismo digo yo. Á V. le parece mal que se anteponga *en absoluto (nota bene)* Homero á la Biblia y Platón á San Pablo: yo creo lo mismo. Tiene V. por una profanación *el representar á la Virgen con las formas de Venus*, y yo lo tengo, no sólo por una profanación, sino por un error estético que el verdadero clasicismo reprueba. V. confiesa las ventajas que en la esfera filológica y en otras hizo el Renacimiento. ¿Qué es, pues, lo que nos separa? El persistir V. en llamar Renacimiento á una sola de sus fases, y no de las más decisivas, á la venida de los griegos de Constantinopla, como si, admitido todo lo que se dice de esos pobres griegos (que, después de todo, no lo dude V., son autores

poco leídos, y por nadie menos que por el abate Gaume), bastara la publicación de dos ó tres gramáticas griegas ni de algún indigesto comentario sobre Platón, para *hacer á la Europa, pagana primero, protestante después, y revolucionaria por último*. ¿Qué pícaros griegos!

El hermoso y clarísimo entendimiento de V. no puede asentir á tales filosofías de la historia. V. sabe que nunca de causas tan pequeñas han nacido tan grandes efectos.

V. dice que el Renacimiento clásico no hacía falta, porque ya venía verificándose, y á mí no me parece mal que continuara, por la misma razón. Si sabíamos ya latín, bueno era que aprendiésemos griego; si sabíamos algo de la poesía de los antiguos, tampoco estaba de más que conociésemos su escultura.

V. cree que las imitaciones que se hicieron entonces fueron ridículas é impotentes. Esta es cuestión de gustos, y á mí me agradan mucho las silvas de Policiano, y me encanta Fr. Luis de León imitando las odas morales de Horacio y el himno de Aristóteles á Hermias. Todo eso de formas muertas tampoco me convence; porque si la forma es bella, resplandece con eterna y no marchita juventud, y V. sabe y siente como los platónicos que, aunque la Venus Urania descienda al sepulcro, resurgirá siempre tan hermosa y radiante como al principio. No hay preocupación, ni sistema, ni escolástica que resista á la pura luz de la belleza.

Que en el siglo xvi no gustaba la arquitectu-

ra gótica. Error de gusto, pero que no contradice á ningún artículo del Credo ni definición dogmática.

Emparentar el Renacimiento con la Reforma es un lugar común que me parece muy poco fundado. El Renacimiento es cosa demasiado complexa, y la Reforma es una herejía harto sencilla, para que sea dable confundirlos. Concediendo que entre los italianos hubiera impíos, materialistas y paganos de toda especie, faltaría demostrar que profesaban la doctrina del *servo arbitrio* y de *la fe sin las obras*, para identificarlos con los discípulos de Lutero. Y si se me responde que éste se parecía á Pomponio Leto, á Machiavelli y á Pomponazzi en ser revoltoso y discolo, contestaré que el desorden y la rebelión son en el mundo harto más viejos que el Renacimiento y la Reforma, y que los romanos y los griegos: como que el primer protestante fué aquel príncipe de la luz que dijo: «Pondré mi trono sobre el Aquilón, y seré semejante al Altísimo». ¡Pues qué! ¿no ha habido herejías é impiedad en el mundo cuando no se estudiaba á los clásicos? Lutero era sencillamente un bárbaro, y V. confiesa que él no comprendió una palabra de los esplendores de la Roma de los Médicis. Y esa decantada cultura de las Universidades alemanas no era más que una barbarie pedantesca, que se reducía al conocimiento material de los textos, sin que tuviera nada que ver con la penetración íntima y profunda del espíritu de la antigüedad, que había en Italia. Lutero

fué quien declaró que todas las virtudes de los gentiles habían sido vicios, quien execró el paganismo de la Roma papal; y su discípulo el dulce Melanchton, en quien bajo la corteza humanística duraba la herrumbre germánica, no se cansó de acusar á los cristianos de haber apostatado en las aras de Platón, tomando de él la doctrina del libre albedrío. Sólo con Aristóteles transigió, y ésto más en la Dialéctica y en la Ética, que en la filosofía propiamente dicha.

Con Renacimiento y sin Renacimiento hubiera sido el siglo xv una edad viciosa y necesitada de reforma, dados los precedentes de la Edad Media. Sólo que en el siglo x, por ejemplo, había vicios y no había esplendor de ciencias y artes, y en el siglo xv brillan y florecen tanto éstas, que á muchos críticos les hacen incurrir en el paralogismo: *post hoc*, ó más bien *juxta hoc*, *ergo propter hoc*, sin considerar que, en último caso, no es el arte el que corrompe á la sociedad, sino la sociedad la que corrompe al arte, puesto que ella le hace y produce. Y esta sociedad había sido producida y educada por aquellos benditos siglos medios, en que el concubinato, la simonía, la rapiña, el hierro de los Emperadores y la ambición de los barones toscanos, dilaceraron la Iglesia hasta llevarla á aquel lamentable estado, que así describe y deplora el Cardenal Baronio (pondré sus palabras en latín, para que no me saquen los ojos los extáticos adoradores de aquella edad de hierro): «*Quam foedissima Ecclesiae romanae fa-*

*cies, quum Romae dominarentur potentissimae aequae sordidissimae meretrices, quorum arbitrio mudarentur sedes, darentur episcopatus, et quod auditu horrendum et infandum est, intruderentur in sedem Petri eorum amasii pseudo-pontifices, qui non sunt nisi ad consignanda tantum tempora in Catalogo Romanorum Pontificum, scripti!*» Prefiere V. estos pontificados al gloriosísimo de León X, cuyo nombre no deshonorra, por otra parte, ningún hecho vituperable? ¿O le agradan más los tiempos en que la Iglesia era abofeteada en Anagni y conducida como vil cautiva á Aviñón? ¿Se han perdido por ventura los escritos de San Pedro Damiano, que tan claramente nos dice que ningún vicio, aun de los más nefandos y contra naturaleza, era extraño á los clérigos de su tiempo? ¿Por ventura han perecido los libros *De consideratione* de San Bernardo, ó el *Planctus ecclesiae* de Alvaro Pelayo, ó el mismo poema de Dante, para que concedamos tan de barato que todo era luz y virtudes en la Edad Media, y que hasta que vinieron esos pobres griegos á enseñar gramática, estábamos como en el paraíso? A no ser que toda la gente mala de la Edad Media fueran humanistas en profecía.

Me cita V. el testimonio de Erasmo contra el Renacimiento, y yo respondo: 1.º, que Erasmo no es la personificación del Renacimiento, porque, como los demás septentrionales, se quedó en la erudición y no penetró en el espíritu artístico; 2.º, que las invectivas de Erasmo contra los ciceronianos de Italia no son más que

un despique literario por lo mucho que ellos se habían burlado de su latín y de lo plúmbeo de sus gracias.

Otro tanto digo de la frase de Alberto Carpi de que «en Alemania todos los amantes de las bellas letras se habían hecho fautores de Lutero». Lo primero que convendría averiguar es si había entonces algún alemán que pudiera llamarse *amante de las buenas letras*, en el sentido que hubieran dado á estas palabras Bembo ó Sadoleto.

Y aun dando por supuesto lo que se quiera suponer, ¿qué tiene que ver el neo-platonismo de Florencia, ni el materialismo de Pomponazzi, ni la impiedad política de Maquiavelo, con el fatalismo fideista y la superstición escrituraria de los luteranos? Sólo en ser herejías y errores pueden parecerse.

Lo de que el Renacimiento propiamente tal no había penetrado en España, sólo probaría, en caso de ser verdad, que habíamos sido más incultos y rudos que los demás meridionales, y no sería para alegado como título de gloria; pero (á Dios gracias) creo que esta suposición está refutada en todo el curso de este libro y en otros escritos míos. La verdad es, sí, que á nuestro Renacimiento no podemos acusarle de ninguno de los pecados que se achacan al italiano, y que, después de todo, no son suyos esenciales, sino peculiares de algunos de sus representantes.

No puede ser más delicado ni galante el modo



cómo V. cierra su epístola. Y yo, correspondiendo en lo posible á él, no diré, ni ahora ni en adelante, una palabra más que pueda interpretarse como desdeñosa del tomismo, aunque en justa reciprocidad deseo que no se ensañen Vds. en términos tan generales con el Renacimiento, en el cual hay muchas cosas buenas y bellas, y que todo hombre de buen gusto (y V. le tiene exquisito) debe reconocer y venerar. Ni me parece buen modo de servir á la Iglesia el suponer que tantos y tan ilustres Pontífices, y tantos y tan venerables Obispos, modelos en costumbres y doctrina, como Jerónimo Vida, Sadoletto y Antonio Agustín, fueran tan necios que no comprendieran nunca el estrago que hacían en la sociedad con sus aficiones gentílicas.

Acordes, como lo estamos, en lo esencial, sólo haré alguna leve indicación sobre otros puntos secundarios que trata V. en su carta. Así, diré:

1.º Que Santo Tomás tomó de Aristóteles bastante más que el método, pues tomó toda su doctrina cosmológica acerca de los principios de los seres, toda su doctrina ideológica del entendimiento agente y posible (bien ó mal entendida, que esto no es ahora del caso), toda su lógica, y de la *Ética* y la *Política* cuanto era compatible con la doctrina católica. V. sabe muy bien que ni aun sus más ardientes admiradores tienen á Santo Tomás por un filósofo original é inventivo, ni miran su sistema como una *creación filosófica nueva*, sino como una vasta síntesis, en que se aplaude sobre todo la grandeza del con-

junto. Por eso la Santidad de León XIII, en su reciente Encíclica, lo que alaba principalmente en Santo Tomás es *el haber reunido y congregado los miembros antes dispersos*. Santo Tomás no puede ser llamado con entera propiedad fundador de un sistema: es un filósofo *derivado* de Aristóteles y de los Padres.

2.º Que no puede sostenerse que Santo Tomás supiera griego, pues aunque se hallan palabras griegas en sus escritos (como *noym*, *yle* y otros muchos vocablos técnicos, cuyo valor discute), las toma siempre de las versiones latinas de Aristóteles; ni más ni menos que el gran número de voces griegas que se usan y explican en los modernos tratados de medicina y ciencias naturales no nos autorizan para calificar de helenistas á sus autores. Lo que hay que aplaudir en Santo Tomás es la diligencia que tuvo en proporcionarse distintas versiones, y compararlas entre sí, y aun en encargar otras nuevas (pero todavía muy imperfectas) á Moerbeka y algún otro. Por esta razón, y por lo que su sagacidad natural le hizo adivinar, es benemérito Santo Tomás del texto de Aristóteles, y debe contársele entre los precursores del Renacimiento, que continuó la tarea de corregir y depurar los textos y las versiones.

3.º Que si los herejes escolásticos nada prueban contra la escolástica, tampoco los impíos italianos que V. menciona (ninguno de los cuales es humanista de primera talla) prueban nada contra el humanismo. *Ex nobis prodierunt, sed*

*non erant ex nobis*, pueden contestar Vds., y podemos contestar nosotros, con palabras de San Juan. Y si no parece del todo justo atribuir á una escuela filosófica los errores de algunos de sus adeptos, todavía lo es menos hacer responsable de ellos á un movimiento filológico, pues no se ve aquí relación alguna entre la causa y el efecto.

4.º Que bien averiguado está que no eran tomistas de profesión los que trabajaron en la *Polígota*, sino discípulos unos del humanismo y otros de la tradición rabinica; y bien sabidos son sus nombres: *Nebrija*, Diego López de Stúñiga, *el Comendador Griego*, Vergara, Alfonso de Zamora, Alcalá, Coronel, etc. Y lo racional era que para una empresa filológica se buscara á los que mejor sabían el hebreo y el griego, y no á los que mejor disputaban *simpliciter* y *secundum quid*, al modo de las escuelas.

5.º Que no es lo mismo ser Dominico que tomista, y que Fr. Tomás Campanella fué lo primero, pero no lo segundo, y no bastan todas las ingeniosidades del P. Zeferino para hacerle entrar en el gremio.

6.º Que Pomponazzi era escolástico, aunque no tomista, y considerado como escritor, pasaba por un bárbaro entre los cultos ingenios de su tiempo, y era del todo extraño á los estudios helénicos.

7.º Que al cargo de que los escolásticos olvidaron un poco la experimentación, me contesta V. citando á Miguel Scoto, averroista, y

que, por lo tanto, queda, según V., excluido del gremio: á Raimundo Lulio, á quien en rigor no se le puede llamar escolástico: á los alquimistas, que tampoco lo eran, y á Vicente de Beauvais, mero compilador. Ni basta que Aristóteles fuera partidario de la experimentación para decir que también lo serían los escolásticos, pues éstos, con dos ó tres excepciones, prefirieron al estudio de la naturaleza el de las obras del Estagirita.

8.º Que cuanto más leo á Melchor Cano, más me convenzo de que no es escolástico, sino discípulo de Vives (con quien fué injusto, como con tantos otros) y escritor del Renacimiento. Pues cabalmente lo que caracteriza y da valor propio al libro de Melchor Cano, es lo que ni soñó Santo Tomás ni pudo soñarse en la Edad Media: la crítica de las fuentes de conocimiento, el criticismo aplicado á la teología. Idea era ésta que no podía brotar en tiempos de ignorancia filológica é histórica como fueron los anteriores al siglo xvi, é idea era tan nueva y peregrina, aun en ese mismo siglo, que el canciller Bacon contaba todavía entre los *desiderata* de las ciencias particulares el estudio de los respectivos tópicos, lugares ó fuentes. ¿Cómo he de tener por escolástico á un hombre que con tanto desdén habla de las cuestiones relativas al principio de individuación, y aun á los universales? Ciertamente que si Melchor Cano hubiera sido un Dominico vulgar que se hubiera limitado á exponer mejor ó peor lo que en Santo Tomás ha-

bía aprendido, nadie se acordaría de él á estas fechas. Porque supo escribir y porque trajo algo nuevo á la ciencia, dura hoy venerada su memoria.

9º No se puede admitir esa compenetración tan absoluta que Vds. suponen entre la teología tomista y la filosofía, pues bien se puede estar de acuerdo con las conclusiones teológicas de Santo Tomás, sin que para esto sea preciso declararse partidario de la doctrina peripatética de la materia y de la forma y no de la hipótesis atomística; sin que sea necesario tampoco admitir toda la fantasmagoría de las especies inteligibles, y del entendimiento agente y posible, sino antes bien propugnando la doctrina del realismo natural y del conocimiento directo. Y tan teólogo tomista puede ser el que niegue la distinción entre la esencia y la existencia, como el que la admita. Yo no tengo inconveniente en decirme *tomista*, si el tomismo se entiende en el sentido amplio en que le toma nuestro actual Pontífice (gran partidario de los estudios clásicos, entre paréntesis). Después de decir en su hermosa Encíclica que «maestros posteriores desarrollaron con abundante fruto las *semillas* que esparció el Doctor Angélico», no se descuida de apuntar sabiamente que «*si en los doctores escolásticos se halla algo tratado con demasiada sutileza ó con poca consideración, ó algo que no concierte bien con los descubrimientos posteriores, ó que de cualquier modo no parezca probable, de ninguna manera debe proponerse como dechado de imitación*». Si

así se entiende el tomismo (y este es el único sentido autorizado por la Cabeza visible de la Iglesia), soy tomista; pero no si se me quiere imponer, como última razón de todo, la doctrina cerrada de la *Suma*, y aun ésta, no como la entienden los Jesuitas, sino como la quieren los Dominicos, y no sólo en lo esencial y en lo que se relaciona con la teología, sino en una multitud de problemas antropológicos y cosmológicos que entregó Dios á las disputas de los hombres: y no sólo en la doctrina, sino en el método y forma, y hasta en el estilo, de suerte que la filosofía católica venga á reducirse á un puro y escueto comentario de uno de los comentadores de Aristóteles, sin que en ella entre nada del criticismo de Vives, ni del experimentalismo baconiano (en lo que no tiene de exclusivo), ni de las observaciones psicológicas de la escuela escocesa, ni lo que en la lógica inductiva han adelantado los positivistas, ni de los modernos estudios filológicos que han restaurado del todo la historia de la filosofía griega, ni nada, en suma, de lo que Santo Tomás no alcanzó ó no supo. No: la filosofía cristiana y tomista, si lo es de veras, no puede caer en ese particularismo estrecho, que si le daría fácil victoria sobre el eclecticismo francés ó el idealismo alemán y todos los sistemas *a priori*, cada día más decadentes, la dejaría impotente para resistir la furiosa avenida de las hordas positivistas, de los lógicos ingleses, de los escritores críticos, de los filósofos de la asociación de ideas

y de la inducción, que desde los laboratorios químicos y los anfiteatros anatómicos amenazan á la sana Metafísica, después de haber exterminado casi la Metafísica vacía y nebulosa de allende el Rhin. Aquí está el peligro verdadero: no en los trampantojos krausistas ó hegelianos; y si la batalla ha de darse, forzoso es presentarnos con armas tan buenas como las suyas. La crítica histórica y literaria, las lenguas sabias, las ciencias naturales, la antropología en todas sus ramas, la lógica en todas sus formas y procedimientos, las ciencias escriturarias y patrísticas, todo esto debe ser el principal estudio del apologista católico, en vez de afincarse tanto en cuestiones que ya pasaron, en errores que ya no volverán y que nadie sigue ni defiende. Todo lo que Santo Tomás tiene de teólogo y filósofo cristiano es admirable y vividero: lo que tiene de filósofo peripatético y medioeval puede y debe discutirse, y en algunos casos abandonarse. Por algo han pasado seis siglos desde el siglo XIII. Y V. comprende muy bien que es tal la fuerza expansiva del entendimiento en las cuestiones de tejas abajo, que, aunque aparente estar sumiso á una doctrina y á un nombre, siempre halla algún resquicio por donde recobrar su libertad pristina; y así como en nombre de Aristóteles han lidiado entre sí alexandristas y averroistas, panteístas é individualistas, tomistas y escotistas, moros y cristianos, así vendrá á suceder que esa filosofía tomista que Vds. proclaman (y en la cual Santo Tomás,

si levantase la cabeza, vería ya muchas novedades), á fuerza de adiciones, enmiendas é interpretaciones, quedará tan desemejante de lo que fué en sus principios, como aquella famosa nave de Atenas en la cual se sustituía cada año una pieza nueva á las viejas y gastadas, hasta que no quedó ninguna de las que había tenido en tiempo de Teseo. Quiéranlo Vds. ó no, la restauración tomista lleva este camino, y vale más ser franco como los Jesuítas, y decir, como dice el P. Yungmann en el prólogo de su *Estética* (y quizá sea esto lo único bueno que contiene su obra): «No es nuestro intento significar con el nombre de filosofía cristiana *la de ningún período ni tiempo particular, ni de ningún sistema ni escuela determinados*, sino la que tiene siempre presente que toda sabiduría viene de Dios, ó, lo que es lo mismo, el conjunto ordenado y científico de conclusiones del pensamiento racional que concuerdan bajo todos conceptos con la divina revelación».

En suma: el espíritu general, el sentido, la *mente* del Angélico Doctor, no la letra que mata. Y decimos del *Angélico Doctor*, por ser la suya la más vasta y grandiosa de todas las concepciones filosóficas cristianas, pero obra humana al fin, y que en sus pormenores admite y reclama controversia.

Así entiendo la filosofía cristiana, y aplaudo y bendigo su restauración, sin que para seguir su lábaro importe gran cosa el ser aristotélico ó platónico, ni mucho menos el profesar tal ó cuál

doctrina sobre los modos del conocimiento. Ni creo que esa restauración tenga nada que ver con las aficiones clásicas ni con el Renacimiento. Quédese el confundir estas cosas para el abate Gaume y otros cejjuntos y severos Aristarcos, de quienes podemos decir con el poeta, que «Ni les sientan los Dioses á su mesa, ni les admiten las Diosas á su lecho».

No les dé V. oídos, pues muchas veces (no quiero creer que á ciencia y conciencia) han falsificado la historia, achacando, v. gr., á Policiano un desprecio por los Salmos de que no hay el menor vestigio en sus obras (que tengo muy leídas), y que pugna con todo lo que sabemos de su vida y gusto literario.

El espíritu de V. es demasiado alto y generoso para dar asenso á tales invenciones, anécdotas y cuentecillos, y condenar por ellos el arte y la civilización en una de sus épocas más espléndidas. V. tiene alma de artista, y gusta sin duda de coronarse con las flores de la antigua sabiduría, y repite conmigo aquella plegaria de Teócrito :

« ¡ Haz que las Gracias sean  
Compañeras eternas de mi vida ! »

P. D. Como me precio de católico sincero, sin ambages ni restricciones mentales, y quizá en esta y otras cartas, donde hablo de la escolástica y de Santo Tomás, se me haya deslizado alguna frase poco exacta ó que suene á irreverencia, ó algo, en suma, que de cualquier modo pueda dar

*fundado* pretexto á que algún escritor racionalista tenga la mala ocurrencia de citarme en apoyo de sus lucubraciones (si es que merezco ser citado), desde luego retiro tales palabras, y las doy por no dichas, á lo menos en ese sentido, sin que esto obste en nada á la libertad que tengo y deseo conservar íntegra en todas las materias opinables de ciencia y arte, al modo de aquellos españoles de otros tiempos cuyas huellas, aunque de lejos y *longo intervallo*, procuro seguir, *no captivando mi entendimiento sino en las cosas que son de fe*, como dijo el Brocense.

